



Stitch & Split

Selves and Territories in Science Fiction

MANUEL
MORENO

—

¿Marcianos bajitos y cabezones?

No, gracias

Écrit pour le projet *Stich and Split*. Corps et territoires dans la science fiction, un projet de Constant vzw, organisé par la Fundació Antoni Tàpies, Barcelone, avec la collaboration de Universidad Internacional d'Andalucía-UNIA arteypensamiento, Sevilla.

Written for the project *Stitch and Split*. Selves and Territories in Science Fiction», curated by Constant vzw and organised by the Fundació Antoni Tàpies, Barcelona, with the collaboration of the Universidad Internacional de Andalucía-UNIA arteypensamiento, Sevilla.

Escrito para el proyecto *Suturas y fragmentos*. Cuerpos y territorios en la ciencia ficción, un proyecto de Constant vzw, organizado por la Fundació Antoni Tàpies, Barcelona, con la colaboración de la Universidad Internacional de Andalucía-UNIA arteypensamiento, Sevilla.

www.stitch-and-split.org

El entorno, el territorio, es un agente moldeador de los seres que viven o pretenden vivir. A partir de algunas conocidas novelas y películas del género, se analiza la relación existente (a menudo, nula) entre esos mundos imaginarios y las criaturas que los pueblan.

Adaptación frente a colonización

La novela *Homo-Plus* (1976), de Frederik Pohl, merecedora del premio Nebula, analiza los avatares del primer hombre *reformado* para poder vivir en Marte sin necesidad de traje espacial ni equipo especial. El protagonista se convierte así en un organismo cibernético, parte humano, parte máquina, un *cyborg*. Una magnífica y original propuesta de adaptación del cuerpo humano para la vida en un entorno muy diferente (y hostil para la vida humana) al terrestre: tenue atmósfera de dióxido de carbono; débil presión atmosférica, unas 150 veces inferior a la terrestre; baja gravedad superficial: una tercera parte de la terrestre; bajas temperaturas (-63°C, en promedio) que fluctúan entre -140°C y 20°C. (fig. 1).

La transformación o adaptación del ser humano para vivir en Marte contrasta con la prepotencia que acompaña, normalmente, a todo intento colonizador: adaptar (físicamente, el territorio; espiritualmente, a sus habitantes autóctonos) el nuevo mundo a nuestras necesidades. Terraformar, civilizar, dominar, evangelizar, convertir, etc. serían sinónimos de esta acomodación a nuestras necesidades.

Ecosistemas y seres incompatibles

En contadas ocasiones escritores o guionistas se han mostrado consecuentes a la hora de establecer una correcta simbiosis entre los seres (alienígenas, monstruos o entes vivos) imaginados y el ecosistema que habitan (planeta lejano, mundo exótico, región terrestre ignota). Los aspectos medioambientales y biológicos aparecen, por lo general, muy descuidados, incluso en obras, cinematográficas en mayor medida, actuales.

Las criaturas alienígenas, sanguinarias y de aspecto repugnante (así se justifica su aniquilación sin demasiados remordimientos), aparecen siempre persiguiendo a las protagonistas del sexo femenino, preferentemente, con intenciones alimenticias o de apareamiento. Lo primero puede resultar, con reservas (metabolismos posiblemente diferentes, incompatibilidades orgánicas, etc.). Y es que, cuando hay hambre ¡uno se come lo que tiene más a mano! Lo segundo resulta difícil de asumir, aunque el tema dé mucho juego desde el punto de vista narrativo. Si ya entre especies afines que comparten el mismo hábitat el asunto es complicado (complejión física, distintos modos de apareamiento, etc.), imagínense las posibilidades de éxito entre especies, biológicamente diferentes, de planetas distintos (fig. 2).

En otros casos, la cadena alimenticia parece haberse roto definitivamente y el ecosistema descrito aunque espectacular no guarda una mínima coherencia ya no sólo desde

el punto de vista biológico, sino lógico. Los *banths*, depredadores carnívoros marcianos, que en la saga de novelas, iniciada en 1912 con *Bajo las lunas de Marte*, sobre el aventurero John Carter, imaginó Edgar Rice Burroughs, se pasan la vida persiguiendo a los incautos terrestres que pululan por el planeta rojo. Sin herbívoros ni otros seres vivos que aseguren los eslabones intermedios de la cadena alimenticia, tales criaturas tienen pocas posibilidades de supervivencia.

Algo parecido acontece con la presencia de un espectacular depredador en un lugar tan poco frecuentado como un cinturón de asteroides. El inmenso gusano, de un tamaño comparable al asteroide que le da cobijo, a punto está de engullir al *Halcón Milenario*, junto a su tripulación: Han Solo y compañía, de la saga *Star Wars*. ¿Se limita su dieta a intrépidos y desafortunados viajeros perdidos en esos parajes? (fig. 3)

La soledad en la que viven estos solitarios monstruos (como King Kong y otros) tampoco resulta demasiado coherente. Plantea serios problemas de biología de las poblaciones. Una población, terrestre al menos, requiere un número mínimo de individuos (entre 50 y 500) para poder perpetuarse sin problemas.

La fuerza de la gravedad es el principal factor en el planeta *Mesklin*, descrito en la novela *Misión de gravedad* (*Mission of Gravity*, 1953), de Hal Clement. Debido a su rápida rotación, el planeta tiene forma de disco. La gravedad varía desde 3 veces la gravedad terrestre en el ecuador hasta 700 veces en los polos. Sus habitantes, los *mesklinitas*, son seres diminutos y alargados, de 5 cm de altura y 40 cm de largo. Viven en casas sin techo (por el peligro de que algo pueda caérseles encima) y sienten pavor por las alturas (con la gravedad superficial imperante cualquier objeto se convierte en un peligroso proyectil al precipitarse desde una pequeña altura). Un magnífico y logrado ejemplo de la vida en condiciones muy diferentes a las imperantes en nuestro planeta (fig. 4, izquierda).

No puede decirse lo mismo de los clásicos invasores alienígenas bajitos y cabezones, procedentes, cómo no, del planeta rojo: Marte (fig. 4, derecha). Aunque la polémica sobre la existencia de vida en este planeta vecino aún no se ha resuelto (las misiones espaciales en curso deberían ayudar a zanjarla) los marcianos no podrían ser como los pintan en filmes como *Invasion of the Saucer-man* (1957), de Edgard L. Cahn, o en parodias-homenaje a las películas de invasiones de los años 1950 como *Mars Attacks!* (1996), de Tim Burton.

A falta de una confirmación con pruebas incontrovertibles, podemos apuntar algunos argumentos que ponen en entredicho la procedencia y forma de estos seres. En primer lugar, no acaba de cuadrar su origen marciano. En caso de existir y a tenor de las leyes de escala, en Marte, cuya gravedad es poco más de un tercio de la terrestre, cabría esperar individuos de estatura mayor que la nuestra. En segundo lugar, el estereotipo de ser inteligente (¿inteligente?; poco dice a su favor el que decidan siempre recalcar en la Tierra) es una cabeza enorme, donde se aloja un cerebro más grande, sobre un

pequeño cuerpo. No deja de ser otra contradicción: una cabeza mayor requiere un cuerpo más robusto para sostenerla. Además, hoy en día sabemos que el tamaño del cerebro no guarda una relación directa con el grado de inteligencia del mismo. Descartada la relación del tamaño del cerebro con la inteligencia, ¿qué queda en pie de esa imagen del pequeño hombrecillo marciano de enorme cabeza? Tal vez sólo la justificación de su belicosidad y su malhumor permanentes (recuérdese por ejemplo, *Mars Attack!*), una consecuencia del mareo que sufren en sus naves giratorias, los también clásicos platillos voladores. Con un cabezón así, ya se sabe...

Lo único salvable, quizás, es el tamaño de sus ojos: si su sistema de visión es similar al nuestro (una suposición) y dado que Marte se halla más alejado del Sol que la Tierra, sus ojos deben ser mayores, proporcionalmente, que los de los terrestres para captar la misma cantidad de luz. Pero, una vez en la Tierra o, incluso, en el interior de sus iluminadas naves (tipo OVNI, claro), deberían protegerse con algún tipo de gafas oscuras. ¿Será ésta la explicación de sus globos oculares saltones y de forma almendrada?

Este detalle constituye el signo distintivo del alienígena (o alienado) Prot, protagonista del filme *K-Pax* (2001), de Jonathan Mostow. Se trata de un individuo, de apariencia humana, ingresado en un instituto psiquiátrico (lugar al que cualquier extraterrestre se dejaría caer para pasar desapercibido) que afirma ser originario del planeta que da título al filme. Según explica, debido a la particular calidad de la luz ambiental de su planeta, causada por sus dos soles, los *k-paxianos*, se han acostumbrado a unas condiciones de luz parecidas a las del crepúsculo terrestre. Son sensibles a la luz blanca, como los humanos, aunque su rango de detección se extiende algo más allá, a la zona del espectro electromagnético correspondiente a la radiación ultravioleta. Para protegerse de la luz que baña nuestro mundo, Prot lleva siempre unas gafas oscuras.

Conclusión

Los ejemplos citados muestran, salvo honrosas excepciones, el poco rigor empleado por los inventores de mundos y seres imaginarios para con sus creaciones. Siguen obviando las restricciones que impone un determinado entorno (para el que sólo existen los límites que la imaginación impone y las reglas que la trama que se desee desarrollar imprima –fig. 5–) sobre las criaturas e individuos que ahí habitan.

Manuel Moreno (España) es profesor del Departamento de Física e Ingeniería de la Universitat Politècnica de Catalunya.



fig. 1

Homo-Plus (1976): el individuo resultante de la adaptación de un humano para la vida en el entorno marciano muy poco tiene que ver con el ser humano original: "No hay nada que respirar en Marte. Así pues, se extraen los pulmones de la estructura humana y se substituyen por sistemas microminiaturizados de regeneración de oxígeno. Se necesita energía para eso, pero la energía se extrae del distante Sol. La sangre, según la estructura humana *herviría*; muy bien, pues se elimina la sangre... ." *Es el precio a pagar.*



fig. 2

Criaturas extraterrestres a la caza y captura de humanos, féminas, mejor. Comer y copular parecen ser los instintos primarios más extendidos.

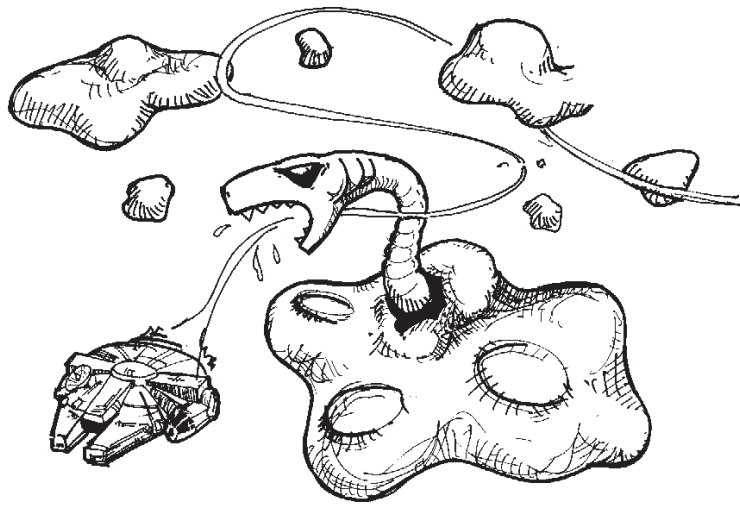


fig. 3

El Halcón Milenario convertido en inesperado aperitivo de un ávido depredador, en su imaginaria huida de un (improbable) cinturón de asteroides (extraído del libro *De King Kong a Einstein. La física en la ciencia ficción*, M. Moreno, J. José, 1999).



fig. 4

Izquierda: Los *mesklinitas*, seres planos y alargados, habitantes de un planeta de gravedad aplastante. Un diseño coherente con su mundo. (Dibujo realizado a partir de la descripción del libro *Misión de gravedad* extraído de *Barlowe's Guide to Extraterrestrials*, W. Barlowe, 1979). Derecha: Los *pequeños hombrecillos verdes* son el prototipo de los belicosos extraterrestres ávidos de dominar nuestro planeta. Pero su diseño estructural no se corresponde con su lugar de origen.



fig. 5

El planeta salvaje (La planète sauvage, 1973), de René Laloux con dibujos de Roland Topor, es un filme de animación para adultos donde los entornos, la ambientación y la ilustración de los paisajes alienígenas son soberbios: todo un banquete para los sentidos. Destaca la asombrosa biología alienígena presentada con animales y plantas de estructuras y formas que recuerdan a las surrealistas creaciones dalinianas. Una muestra de que la amenidad, la coherencia y la imaginación no tienen porqué estar reñidas.

